

Cuando la IA toma el pulso del sistema

Hasta hace poco, entrar al consultorio médico se sentía como una visita a un oráculo: el doctor poseía el saber sagrado. Pero algo ha cambiado en la sala de espera. Gracias a la inteligencia artificial (IA), el paciente llega informado. Con un copiloto digital en su bolsillo que interpreta datos biométricos y traduce jergas complejas, el ciudadano está recuperando el control de su propia salud, desafiando un sistema históricamente paternalista.

Este empoderamiento no es solo una cuestión de comodidad, sino de seguridad clínica. Al actuar como un filtro informado, el paciente apoyado por la IA puede detectar inconsistencias, prevenir errores en la medicación y ajustar su tratamiento. La IA no reemplaza al médico; dota al paciente de las herramientas necesarias para que el sistema de salud deje de ser una caja negra y se convierta en un proceso transparente y compartido.

Consideremos el caso de un paciente con una condición crónica preexistente que recibe una nueva receta tras una consulta de apenas diez minutos. En un sistema desbordado por la demanda, el riesgo de que el médico pase por alto una contraindicación sutil o una interacción medicamentosa es real y humano. Sin embargo, al cruzar esa indicación con su historial en un modelo de IA, el paciente puede recibir una alerta inmediata: una contradicción que pone en riesgo su estabilidad.

Aquí es donde ocurre la verdadera magia del empoderamiento. El paciente ya no asiste con una duda vaga, sino con una observación técnica respaldada por su "copiloto". Esta capacidad de actuar como una red de seguridad activa previene errores. No se trata de desconfiar del profesional, sino de aportar una capa de rigor.



Pero esta vigilancia no solo nos protege del error, sino que nos descubre como individuos únicos frente a la "medicina de promedios". El sistema de salud tradicional opera sobre estadísticas generales. En una consulta estándar, el médico toma una "fotografía" momentánea de nuestra salud: una presión arterial bajo el estrés de la clínica o un análisis de sangre anual que ignora las fluctuaciones del resto del año. La IA permite que el paciente aporte "la película completa".

Al incorporar dispositivos que monitorizan datos las 24 horas, el paciente empoderado llega a la cita con un mapa preciso de su propio comportamiento biológico. Ya no se trata de lo que le sucede al "paciente promedio", sino de lo que le sucede a esta persona específica en condiciones reales de vida, sueño y alimentación. Esta personalización extrema no solo ahorra tiempo al profesional, sino que permite ajustar dosis y hábitos con exactitud. El paciente se convierte en un colaborador que aporta evidencia, obligando al sistema a evolucionar hacia una medicina que no solo cura la enfermedad, sino que entiende profundamente al individuo.

La verdadera disrupción de la IA en salud no es solo tecnológica, sino cultural. Estamos ante el fin de una era donde el paciente era un receptor de instrucciones. El sistema se enfrenta ahora a un ciudadano que llega con datos, evidencias y una capacidad de análisis que antes solo pertenecía a la academia. Ignorar este empoderamiento no es una opción; es una receta para la obsolescencia. Las instituciones deben decidir si ven en este "copiloto" digital a un enemigo que desafía su autoridad o a un aliado que eleva la seguridad y la precisión de la medicina. La revolución ya está en el bolsillo de los pacientes; ahora le toca al sistema estar a la altura.

DR. JAIME MAÑALICH

Exministro de Salud, CLAPES UC